

Aparece los días
1.º y 15 de cada mes

Clarín

Precio del ejemplar
10 centavos

Redacción y Administración:
MAIPÚ 126

Buenos-Aires, 15 de octubre de 1919
Núm. 3

Cristianismo puro:



"POBRES LOS TENDRAS SIEMPRE. PERO HOY SE TE PIDE PARA QUE TU NO MEREZCAS SER POBRE".

(Del manifiesto de
"La Gran Colecta Nacional")

La Gran Colecta Nacional

"Dime: ¿qué menos podrías hacer, si te vieras acosado o acosado por una manada de fieras hambrientas, que echarles pedazos de carne para aplacar su furor y taparles la boca? ¿Los bárbaros ya están a las puertas de Roma?"

CON estas palabras canibalescas, claro exponente de bajeza y ruindad espiritual termina la exhortación dirigida a los posibles contribuyentes, por los organizadores de "La Gran Colecta Nacional".

Pocas veces entre nosotros se ha concebido un documento público con mayor torpeza y menos dignidad. Sus autores no cesan, sin embargo, de recalcar el origen divino de sus palabras, pronunciadas "por boca de aquellos a quienes Dios mismo ha puesto, para regir su Iglesia".

Como se recordará hallase el manifiesto dividido en dos partes: puramente informativa la primera; la segunda, titulada "Exhortar a dar", es un alabonazo en la caja de los poderosos.

En aquella adviértese toda la mixtificación, todo el oculto propósito de esta Gran Colecta, bajo el rústico velo de una prosa detestable, como el macerado cuerpo de un leproso a través de un burdo tejido de lino; en ésta pónese de manifiesto, con impudencia desnuda, el pensamiento de personas sin escrúpulos que especulan con el terror y la ignorancia, al amparo de su investidura sacerdotal.

El panfleto constituye, así, una pieza tan denigrante para los que lo subscriben, como para los destinatarios.

El linaje humano presenta síntomas alarmantes de un brusco despertar; alarmantes para ellos, desde luego. El hombre quiere reivindicar sus derechos, perdidos en varios siglos de opresión, y esto es peligroso, fatal, para los que basan su bienestar en este sueño esclavizante. Por eso la Iglesia, caritativa siempre para con los poderosos, quiere impedirlo, valiéndose de un anestésico eficaz: la caridad.

No nos hemos de detener en el análisis de las obras reales que el episcopado ofrece, a cambio — naturalmente — de conciencias. Basta decir que la promesa no encierra novedad alguna sobre los demás procedimientos usados hasta la fecha como elementos de explotación, en dos mil años de cristianismo invertido. Queremos tan sólo, subrayar los pequeños detalles altamente significativos: Destinado el uno a aumentar la eficacia de la máquina opresiva, refiérese a las viviendas para obreros.

El *anestésico* no ha de vivir en casa independiente, difícil por lo tanto de vigilar. "Las mansiones populares de habitaciones múltiples, (cuya regencia fácil, es de presumir) es para ellos la solución única". "La casa barata, propiedad del obrero es un sueño romántico" — agrega —; y quizás tengan razón, que en las horas que corren, más cerca está el proletariado de poseer casa cara.

El otro, por grosero, resulta irritante. La exhortación a la dádiva está radacada en segunda persona y cada vez que se la nombra, el torpe panfleto, siente — a despecho de la gramática — la necesidad de usar los géneros en yunta: "tu mismo, tu misma". Teme por lo visto que su dócil rebaño de Evas no se sienta comprendido dentro del masculino común. Y hace bien

"La ley es como los perros: no ladra más que al que va mal vestido".

Pío Baroja

en evitar el error. La mujer ha de ser siempre el punto de ataque de toda ofensiva eclesiástica. Dulce y débil enemigo, cuyo talón nadie conoce mejor que la gente de sotana.

Es suficiente transcribir un sólo párrafo para poner en evidencia todo el caudal de caridad que anida en los pechos de esta recua lanzada, por mandato divino, a la caza de millones:

"... ahora ha llegado el momento de que des... para tí mismo, para tí misma. No te pedimos nada que no sea para bien tuyo, tanto que no parece sino que se trata sola y exclusivamente de tu bien. Es la colecta a modo de un seguro social de lo que tienes y posees, de lo que quieres para tus días postreros, de lo que guardas para tus hijos, para que... tal vez... se diviertan y sean felices, o quizá unos viciosos".

Si, como digimos, basta el párrafo precedente para demostrar el fin de la Colecta, y el espíritu de los que la llevan a cabo, no podremos resistir a la tentación de incluir también este otro que parece escapado del evangelio:

"Pobres los tendrás siempre. Pero hoy se te pide para que tú no merezcas ser pobre".

Lástima sería — porque todos saldríamos perdiendo — que esta perla de cristianismo resultara contraproducente en el orden material.

Si el espíritu de la "colecta" ha exagerado muchos ánimos, — principalmente entre los católicos sinceros — al poner de relieve todo el egoísmo de la clase adinerada y su cómplice, la iglesia, el resultado económico ha hecho aún más palpable la desigualdad social, y ya se oye hablar de "precipitar acontecimientos".

Cualquier nuevo abuso de estos pseudo-pacificadores, podría llevarnos, catastrófica y extemporáneamente a un estado de cosas al cual debe llegarse en forma pacífica y, sobre todo, oportuna.

Si nosotros tuviéramos que redactar un contra-manifiesto, podríamos hacerlo en este tono:

Tú, personaje siniestro, que sirves al capital, bajo carátulas tan groseras que sólo engañan a los tontos o a los atemorizados, estás, por consiguiente, fuera de la ley del dios que explota en provecho propio: "Ningún siervo puede servir a dos señores; porque aborrecerá al uno y amará al otro, o se allegará al uno y menospreciará al otro. No puedes servir a Dios y a las riquezas". (S. Lucas XVII, 13).

Y si aún conservas e tu pecho un vago rastro de fe, medita acerca de lo que haces, que el castigo divino ha de caer, implacable, sobre tí: "Imposible es que no vengan escándalos; mas ¡ay de aquel por quien vienen!". (San Lucas XVII, 1).

Y teme también el castigo que pueda tocarte en la tierra, porque tu víctima está cansada de sufrir y sedienta de venganza, y tu delincuencia es de las más vulgares y torpes, y tan antigua, que ya el propio Jesús la señalara: "Guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros con vestidos de ovejas; mas interiormente son lobos robadores". (San Mateo, XII, 15).

Y tú, infeliz, aterrado por la carga de tu propia conciencia, piensa en las palabras de los que explotan tu miedo; quizás tengan razón y te convenga dar mucho, acaso te conviniere restituirlo todo.

Porque, es cierto, los bárbaros ya están a las puertas de Roma, y la ciudad, hoy también, encuéntrase incapacitada

Al lector

Quiénes redactamos esta revista hemos observado, complacidos, el interés que por ella se advierte entre cierto público de la capital y del interior del país, preferentemente en los círculos universitarios y en los centros obreros. Es que las sanas fuerzas liberales, frente a la desesperada reacción conservadora actual, buscan en los periódicos no mercantilizados la expresión de su propio sentir.

Tal circunstancia nos obliga a aumentar la edición desde este número tercero y a presentarnos con doce páginas, en lugar de las ocho con que en un comienzo aparecimos. Publicación genuinamente popular, seguirá vendiéndose al precio de diez centavos.

Los redactores de CLARÍN somos hombres jóvenes a quienes la Universidad no ha logrado castrar. El pueblo colegirá enseguida que no formamos en las filas de la prensa mercenaria vendida al oro norteamericano o sobornada por el dinero de nuestra degenerada plutocracia.

LA DIRECCION.

para toda resistencia, porque adentro imperan la corrupción y el vicio, y los "bárbaros" están más fuerte que nunca porque, a su pujanza innata, suman el aprendizaje de muchos siglos de dolor.

Y teme, sí, a la "manada de fieras" porque está hambrienta, pero muy hambrienta, y tal vez no se detenga a cojer tus "pedazos de carne" porque el hambre que trae es hambre de justicia.

Francisco de APARICIO

NO HAY TAL JURADO

A fin de que todo resulte grotesco en esta Argentina donde los analfabetos llegan a ministros, se ha nombrado hace poco un jurado para premiar las mejores obras literarias de 1917 y de 1918, compuesto cabalmente por quienes nada entienden de bellas letras. Nos extrañaría si eso ocurriera entre los "gringos" de Europa; aquí no puede sorprendernos. Aquí es lógico que un Manuel Carles y un Antonio Dellepiane sean llamados a ocupar tales cargos. Porque en ambos se condensa — por así decir — toda la estulticia dispersa en la especie de los políticos y en la subespecie de los figurones.

Hacemos a un lado a los señores Alejandro Korn, respetado catedrático de la Facultad de Filosofía, y Tomás R. Callen, discreto profesor de la de Derecho. El uno y el otro son ajenos, a las tareas literarias. Nadie, sin embargo, lo ignora.

Más nadie ignora tampoco en qué prosa burda y chirle se expresa el doctor Dellepiane, verdadero fósil de la fauna universitaria. Cabe asegurar que no hay en la enseñanza superior hombre más ridículamente ciego; bien lo comprendió la juventud bonaerense al expulsarlo de los institutos en que, hasta 1918, se lo toleró con resignación inexplicable.

Empero, donde culmina la torpe nadería de semejantes nombramientos es en la persona del doctor Carles. Bastaría publicar una media docena de párrafos de sus desatinados escritos y de sus discursos hilarantes para demostrar la urgencia de crear una policía idiomática con sección especial de "atentados al sentido común". Es que las frases que, de manera retorcida y bárbara, redacta este personaje solo encuentran parangón insustituible en la jerga sibilina del señor Hipólito Irigoyen.

Dicho sea sin ánimo de ofender.

La Dirección de CLARÍN no se solidariza con las opiniones vertidas por sus colaboradores en la revista.

TIERRA DE POCOS...

Leyendo a Tito Livio

(Anotación al Libro Segundo)

LOS pueblos deberán aprender un día que la virtud ciudadana, por muy altas que ponga sus proezas, no puede ser premiada a costa del despojo del glorificador, y mucho menos, a costa del despojo de la comunidad. La gratitud no puede ir tan lejos que esclavice al que agradece. Agraciar, esclavizándose, ofende a los dioses y excede el límite de toda locura humana. Sin embargo, el pueblo romano lo hizo.

Vimos a la ciudad en armas, peleando por la libertad: derribar el poder de los Tarquinos; pronunciar el exilio de su casta; proclamar la instauración de la república; triunfar, avizora, de la confabulación; romper obstinados cereos; quebrantar rigurosos bloqueos; jurar el advenimiento de la libertad para siempre; fundar una justicia democrática; desligar a los pobres de la esclavitud de los impuestos; asombrar a la historia con el heroísmo de Horacio Coeles, con el estoicismo de Mucio, con la intrepidez libertaria de Clelia. No han pasado tres lustros, y ahora vemos a este mismo pueblo padecer la usura de los ricos, amenazado cuando no condenado a la prisión por deudas.

¿Eran los patricios, o acaso los cónsules mismos, los culpables? ¿Astucia y ardid habíanse ejercitado con tanta perfección que el pueblo, del día a la noche, se veía privado, como por arte mágico, primero de sus bienes, después de su libertad? No. Es que los cónsules, y el pueblo con ellos, habían incurrido en un sombrío error: en premiar con tierras los actos heroicos.

Y la tierra no se dá porque Démetri se ofende. La tierra, que es el hogar común, ha de pertenecer a todos, si quiere que los unos a los otros nos amemos. Hogar no compartido, familia rota: fratricidio y fraticidio...

Tierra de pocos, dolor de los demás. Pero un día la tierra ofendida, ultrajada y profanada por el mayor sacrilegio, engendra hombres piadosos y justicieros que la libertad de los profanadores; y esto hecho, recomienza la natural edad de oro para la humanidad.

Arturo CAPDEVILA

FRANCE, DIPUTADO

Nos cuesta creerlo, pues en verdad resulta extraño que el conde de Jérôme Coignard acepte su candidatura para ingresar al Parlamento.

Al Parlamento que es hoy — acaso en todos los pueblos que conocen tal institución — uno de los pocos remansos en que la procelosa corriente social de nuestra época se enturbia... o se estanca. Se enturbia y se estanca, para ser más exactos.

A los setenta y cinco años Anatole France, parlamentario... Resignémonos, aceptando esa traversura senil como una de las ironías postre del ilustre maestro.

MAESTROS Y OBREROS LO DE MENDOZA

EN el momento de escribir estas líneas el conflicto mendocino llega a su momento crítico.

La huelga general de la Federación Obrera Provincial ha sido quebrada por la violencia más desmedida y los procedimientos más arbitrarios.

Perdidos en los médanos, sin recursos de ninguna especie, se hallan los miembros más capacitados y valientes de la organización gremial. Las deportaciones continúan a juzgar por las últimas noticias, y, como lógico complemento de esta empresa de barbarie, un grupo de maestras argentinas se hallan recluidas en las cárceles al lado de malhechores de la peor calaña.

piada privada de la tierra, y se empobreció de inmediato.

No supo que todo se puede dar, menos la tierra. Que la tierra no se dá ni se reparte, sino que se comparte. Que darla es una estultez sin objeto. Que compartirla es beneficiar, beneficiándose.

Horacio Coeles recibió "tanto terreno como podía encerrar el círculo que un arado trazara en el trabajo de un día". Mucio, a su vez recibió ricas tierras transiberianas, en recompensa de su valor; sin que estos fueran, seguramente, los únicos ejemplos de aquella mala política.

Y claro se ve que ni Coeles ni Mucio habrían de cultivar por su sola cuenta las tierras de la dádiva, sino que las darían en arrendamiento, se harían fuertes: rentistas. Vivirían del trabajo ajeno; y de esta suerte quienes se singularizaran por su amor al pueblo serían sin quererlo ni imaginarlo, sus más odiosos enemigos. Toda renta se acrece fatalmente, con simultánea disminución de la prosperidad del pueblo. Donde hay renta, hay salario: esa es la ley. La renta acrece y el salario disminuye: es ley fatal.

Así se empobreció la Roma del consulado; así el misero pueblo contrajo deudas, y ya insolvente, sufrió hambres y cárceles: todo porque dió la tierra.

Y la tierra no se dá porque Démetri se ofende. La tierra, que es el hogar común, ha de pertenecer a todos, si quiere que los unos a los otros nos amemos. Hogar no compartido, familia rota: fratricidio y fraticidio...

Tierra de pocos, dolor de los demás. Pero un día la tierra ofendida, ultrajada y profanada por el mayor sacrilegio, engendra hombres piadosos y justicieros que la libertad de los profanadores; y esto hecho, recomienza la natural edad de oro para la humanidad.

cisiva de esta gran lucha que se avecina contra todos los elementos reunidos de la reacción ultraconservadora.

Esperemos pues, y aunque ella se pierda, quede desde ya bien establecido que nada grande haremos para el futuro mientras estas energías que hoy accionan de consuno no se hallen estrechamente unidas y dispuestas a afirmar a toda costa el progreso material e intelectual del país.

Gonzalo MUÑOZ MONTORO.

El sindicalismo en nuestro país

Conceptuamos de interés brindar al lector los datos que a continuación se incluyen. Nos los ha facilitado el doctor Alfredo L. Palacios, quien comentó, en su conferencia del 27 de septiembre dada en la Facultad de Derecho, el pujante avance del sindicalismo en el mundo entero.

Sindicato adheridos a la Federación Obrera Regional Argentina desde el IX Congreso (Abril de 1915)

1915 — Mayo a Diciembre	51 sindicatos
1916 — Enero a Diciembre	70 "
1917 — Enero a Diciembre	199 "
1918 — Enero a Diciembre	302 "
1919 — Enero a Septiembre	448 "

Cotizaciones percibidas durante el mismo período

1915 — Mayo a Diciembre	20.521 cotizaciones
1916 — Enero a Diciembre	39.504 "
1917 — Enero a Diciembre	143.928 "
1918 — Enero a Diciembre	421.182 "
1919 — Enero a Septiembre	334.829 "

Para apreciar en todo su valor los cuadros aquí insertos, conviene recordar que a fines de 1916 se produjo la huelga marítima.

Añadiremos que en el X Congreso de 1918 ya figuraban como sindicatos adheridos el de maestros y el de telegrafistas.

Recomendamos además el informe que acerca de la F. O. R. A. publicó recientemente una entidad oficial, el Departamento del Trabajo; comprende las cifras correspondientes hasta abril de 1918. En él se hace un prolijo estudio de la organización de nuestra clase trabajadora.

DEL DIARIO DE SESIONES

23 de Septiembre de 1919

Repetto — La versión de la sesión del día de ayer, que he leído en los diarios de la mañana, me obliga a decir pocas palabras, no tanto para protestar de esa versión, cuanto para obtener la constancia de que nuestro cuerpo de taquígrafos no ha tenido la más mínima participación en esa superchería.

Los diarios, señor presidente, pueden cometer, y cometen, bajo su responsabilidad, muchas injusticias e incurrir en muchos abusos de publicidad. Pero eso, digo, corre por su propia cuenta y bajo su propia responsabilidad.

Pero no es eso precisamente lo que más me preocupa en este asunto. Digo que los abusos de publicidad se realizan a expensas del prestigio de los propios diarios y anulan su propia eficiencia, porque así lo demuestra la historia de nuestra propia prensa. Diarios importantes como "La Nación" no han podido, señor presidente, dar prestigio y fundar vigorosos partidos políticos; y así hemos podido ver cómo ese gran diario ha enterrado a seis partidos políticos y se prepara a asistir al sepelio de este nuevo conglomerado conservador que quiere hacerse.

La misma "Prensa", en dos tentativas sucesivas para organizar un grupo político fracasado, y no ha podido dar a luz una agrupación juvenil, ni ha podido tampoco organizar seriamente un movimiento político. Vemos, señor presidente, la esterilidad absoluta de esos grandes diarios en su propaganda parcial e interesada, y su impotencia absoluta contra este mismo gobierno, cuyo triunfo no han podido impedir y cuya conducta no han podido modificar en ningún sentido.

CLARÍN solamente publica artículos inéditos.

La Redacción de esta revista no mantiene correspondencia respecto a los artículos que se le envían. Los originales no se devuelven.

Las ideas disolventes

UNO de los colazos más lamentables de la guerra ha sido la restricción en todo el mundo del libre curso de las ideas.

La fiscalización postal, la censura telefónica, el comiso de ciertos libros, la supresión de diarios incómodos, la mordaza a la palabra rebelde, todo eso era explicable — pasando por alto innecesarios abusos — cuando todavía tronaban los cañones.

Callaron éstos en el occidente de Europa y continúan, apenas aligeradas, las antiguas medidas restrictivas. El telégrafo sigue mutilando noticias y la policía persiguiendo los impresos de propaganda roja. También esto, haciendo un pequeño esfuerzo de voluntad, llega uno casi a justificarlo. Ello acontece en países que acaban de despertar de una espantosa pesadilla. Los nervios están aún excitados, las cabezas vacilantes, los estómagos silbando. Los actos dejan de ser inteligentes para convertirse en simples reacciones reflejas.

Pero que esa misma política se siga entre nosotros, eso ya no tiene perdón de Dios. Revela que el progreso de nuestra civilidad era tan solo apariencia. Grandes palacios, abultados guarismos en las estadísticas, pero en el alma la oscura sombra de Juan Moreira.

Cuando nuestros hijos sepan que en estos tristes años se encarcelaba a los hombres por el delito de pensar, tendrán para esta generación el calificativo que merece.

Todos los días elogiamos la amplitud generosa de nuestra Ley fundamental y se nos llena la boca con la palabra "libertad". Sin embargo, se considera ilícito, lo mismo que en la Edad Media, el que los hombres digan todo su pensamiento.

Las ideas están clasificadas en buenas y malas. Las "buenas" pueden difundirse copiosamente: todas las tribunas son para ellas accesibles, todos los grandes diarios las cobijan con amor. Las otras ideas sólo pueden circular a la sordina, subrepticamente, como de contrabando, en humildes libelos que zafan la imponente sombra de la Ley.

Ahora bien: esta clasificación infantil pone de relieve la miopía incurable de nuestra burocracia. No hay tales ideas buenas y malas, hay simplemente "ideas", legado espiritual de las generaciones fenecidas.

Las ideas buenas para unos, resultan malas para otros. De ahí que nadie tenga el derecho de imponer por la fuerza su personal y equivocado criterio, entorpeciendo la libre circulación de aquellas ideas que se le antojen nocivas.

No hay tampoco ideas viejas e ideas nuevas: el tiempo no las mella. Pasan los siglos y ciertas ideas permanecen dormidas, pero con potente vida en latencia. Y si llega un momento en que las circunstancias se presentan propicias, aquella semilla que parecía resaca se abre una milagrosa epifanía. Luego, cumplida su misión, cambiadas las circunstancias, es desplazada por otras ideas, entonces dominantes, y retorna a sus antiguas cámaras a dormir de nuevo.

Ved lo que ocurre con las ideas que hoy llamamos "avanzadas". Más de una podría espigarse en la venerable República de Platón. Y todas han estado embutidas, sin escándalo para nadie, en viejos libros que han resistido la carcoma del tiempo. Por eso chocea a la razón que si un hombre las saca de sus alveólos y las vocea para iluminar las mentes oscuras, la Ley lo tilde de agitador y lo atrape como a un facineroso.

Los fariseos de hoy, como los que vivían en tiempos de Jesús, tienen la superstición legalista. En nombre de la Ley — de una raquítica ley que ellos mismos han hecho

para perpetuar sus privilegios — libran batalla contra las ideas "disolventes". Bien aplicado el epíteto: se trata de ideas purgantes que tienden a librar al mundo de un poco siquiera de las enormes injusticias que lo aplastan.

¿De dónde viene este temor a las ideas? Instituciones que resucitan el culto gaucho del coraje parecen temer a esas quisquiosas etéreas. Las ideas se combaten con ideas, no con el garrote ni la cárcel. Los que obscuran su libre vuelo, confiesan tácitamente que no tienen confianza en la buena ley de su moneda ideológica. Y confiesan, además, su infantilismo, pues nada tan pueril como interponer vallas materiales a la sutil circulación del pensamiento.

El temor a las ideas proviene de que éstas son los antecedentes de los actos. La doctrina pura, un día, el menos pensado, se convierte en realidad. Hé aquí el peligro. Por eso las clases de arriba, con un admirable instinto psicológico, tratan de moldear por medio de sus escuelas y su prensa poderosa, la mentalidad del pueblo, en forma que convenga a sus intereses.

Pero esta impostura no puede ser eterna. En todas partes aparecen espíritus emancipados que gritan a los cuatro vientos su verdad y agitan la quietud palustre de las conciencias.

Ya hemos dicho que las ideas retoñan cuando las circunstancias son favorables. Entonces se difunden y "prenden" copiosamente en las masas. Esta difusión es el mejor barómetro social. Allí, por ejemplo, donde la idea de justicia distributiva se arraiga fácilmente, quiere decir que exis-

te un fondo de injusticia económica que sirve de caldo al germen de la justicia. Suprimid la injusticia y el germen de la justicia caerá en el vacío. Bismarck bien lo sabía. Por eso, para contener el socialismo, hacía socialismo, aún violentando sus tendencias reaccionarias. En esa forma surgió la legislación obrera alemana, la primera del mundo. No como fruto del amor hacia el paria humano ("el harito no se acuerda del hambriento") sino como una viveza del Cancellor de Hierro. Pero no importa la intención cuando el fin resulta bueno.

Ya sabéis el camino, señores fariseos, hombres adinerados que teneis seca la fuente de la simpatía humana: no mortifiqueis porque es tarea inútil — un mártir hace ciento, pensad en el cristianismo, — no mortifiqueis a los voceros de esas ideas que vuestro egoísmo de clase llama "avanzadas". Si queréis combatirlos eficazmente, emborotadles el aguijón, quitarles su poder dinámico, cambiad las circunstancias, no explotando la miseria, y devolviendo a la sociedad que os enriquece una parte siquiera del fruto usurpado.

Carmelo M. BONET

JUSTICIA

Nuestros tribunales han condenado, según es notorio, a los redactores del periódico "Bandera Roja": sufrirán las penas que establece la ley de "defensa" social.

Aunque incurramos en pleonismo, repitiremos que, en el aludido caso, nuestros tribunales han fallado.

Aplicando esa misma ley — que no es, precisamente, una ley progresista — han condenado también a tres jóvenes obreros. Una de ellas cuenta apenas dieciséis años de edad.

Sobre el asunto informo la prensa diaria, y nosotros recogemos el dato a guisa de simple noticia... Porque el comentario, ¡qué caray!, queda a cargo del buen lector.

LA DAMA DE LA LIGA



NO FALTARIA MAS QUE DEJARAMOS A LOS INDEFENSOS MILITARES A MERCED DE ESOS DESALMADOS...

La necesaria autonomía

LA revolución universitaria que el año pasado alteró la tranquilidad habitual de los viejos claustros de las Universidades de Córdoba y de Buenos Aires, inscribió en su amplia bandera, pero no llegó a consagrar en la práctica, un punto capital de la reforma: la autonomía absoluta de la Universidad.

Las universidades argentinas han sido consideradas por muchos hombres de estado como simple departamentos burocráticos, y nuestra política ha querido infestar el espíritu universitario con sus enfermedades crónicas del favoritismo y de la simulación. Dos armas poderosas han tenido y tienen los gobiernos para mezclarse en los asuntos de la Universidad: el presupuesto y la facultad de elegir y nombrar los profesores titulares. El arma económica es el subsidio que figura en el presupuesto de la administración y que puede ser disminuido hasta producir el colapso de la entidad. El torniquete del subsidio ha sido aplicado siempre para doblegarla al poder central y para contaminarla de política. Ahora bien: cuando la política se introduce en la Universidad por la cómoda puerta del presupuesto, ésta deja de ser una casa de altos estudios, una escuela de investigación superior, un "laboratorio de civilización" donde se persiguen afanosamente nuevas verdades y nuevas posibilidades de progreso para mayor felicidad de los hombres, y se convierte en una oficina pública donde se distribuyen solemnemente todos los años innumerables patentes doctorales, a fin de establecer pequeños comercios minoristas.

Es necesario, desde luego, y en primer término, asegurar la autonomía económica de las Universidades, como sucede en Estados Unidos, dando a cada una de ellas una fuente de recursos propios, completamente independiente del presupuesto nacional. El proyecto que en ese sentido presentó el doctor Joaquín González hace muchos años al Senado aseguraría la autonomía rentística que auspiciamos.

Al lado del arma económica tiene el gobierno otra muy poderosa, mediante la cual interviene directamente en la formación del profesorado de la Universidad: el derecho de elegir, entre los que constituyen la terna elevada por la universidad, los profesores titulares. Es un gravísimo, un imperdonable error de la ley. Coloca en manos del P. E. un puñal temible para las venganzas o los favoritismos políticos, y le reconoce una supuesta capacidad para juzgar los méritos esencialmente técnicos de los candidatos. El único juez consciente para dictaminar sobre el capital científico y la aptitud decente de un aspirante a catedrático es el cuerpo de profesores de la misma Universidad, y el procedimiento más lógico, menos sospechoso y más práctico es el concurso por oposición. La Ley Avellaneda, adopta el sistema de la terna y autoriza al Ejecutivo para designar a uno entre los propuestos; sin embargo, su inspirador se opuso decididamente al procedimiento sancionado. Aunque la ley lleve su nombre, la ley no tiene su espíritu.

Avellaneda fué sostenedor acérrimo de la autonomía docente de las universidades en oposición a Eduardo Wilde que sostuvo la intervención del P. E. en la formación del profesorado. Avellaneda era un hombre universitario más que un político, y comprendió desde el primer momento la conveniencia de asegurar la

absoluta autonomía de la enseñanza superior, por lo menos en su gobierno docente. Quería aislar, en lo posible, la Universidad de todo contacto con los poderes del Estado, para que no se contagiara de ese mal que los anquilosa, que les hace inútiles y perjudiciales: la burocracia.

Opinamos, entonces, que es urgente asegurar la completa autonomía económica y docente de la Universidad; creemos que ha llegado el momento de "darle a la ley Avellaneda el espíritu de Avellaneda", si queremos que las Universidades Argentinas cumplan su alta función de elevar el nivel intelectual y moral de la sociedad en que actúan — libres de nocivas influencias políticas — para que sean, con las innumerables escuelas primarias y secundarias que sembrara Sarmiento por todos los ámbitos del país, el verdadero sistema nervioso del organismo colectivo.

Oswaldo LOUDET

Por los teatros

Una obra de éxito

"El profesor Müller", de D. Ricardo Hicken debe considerarse como uno de los éxitos más rotundos de la actual temporada escénica.

Ha alcanzado, y sobrepasará, seguramente, las cincuenta representaciones. Y su éxito, justo es reconocerlo, no se debe a una de esas influencias de prensa con que algunos autores imponen y sostienen los peores engendros. La franca aceptación del público, muy especialmente, es la que mantiene en el cartel la afortunada producción del señor Hicken.

Como, por lo demás, esta producción es del autor que triunfó anteriormente con obras de la misma índole, de igual estilo e idénticos procedimientos que los del "Profesor Müller", se tiene el derecho de estimar a la presente como una comedia representativa, no menos del talento de su autor, que de las preferencias estéticas del público que lo aplaude.

"El profesor Müller" es una pieza teatral cómica, dividida en tres actos.

Decimos que dicha obra es "una pieza teatral", pues creemos que cualquier otra expresión menos ambigua le resultaría inaplicable.

En efecto, "El profesor Müller" no presenta esa "vida media", esa existencia ordinaria a que se aplica la observación del comediógrafo, ni el asunto avoillado que constituye la comedia de intriga, ni las líneas caricaturescas pero intencionadas de la farsa. ¿Qué es, entonces, "El profesor Müller"?

"El profesor Müller" representa un género teatral, aparentemente extinguido hace siglos, y que es eterno como el mal gusto: es un retazo local y enteco de la "commedia dell'arte". Mestiza de la comedia literaria y de las farsas populares, surgió en la Italia del siglo XVI la "commedia dell'arte". Lo que la constituía esencialmente era la improvisación del diálogo por actores vestidos con los trajes hoy tradicionales de Arlequín, del Doctor, de Pantalón, de Colombina, etc. Era, pues, comedia de actores-autores; teatro en que los actores tenían una importancia decisiva, predominante.

En las piezas de la "commedia dell'arte" los personajes citados, desempeñaban siempre el mismo papel: éste era el invariable enamorado, aquél el pedantón burlesco inevitable, estotra la amante sempiterna, etc. La individualidad de esos personajes sin carácter era por lo tanto completamente exterior; se manifestaba pura y exclusivamente por el vestido con que se presentaban, por las ridículas externas, físicas que exhibían.

Es lo que, con diferencias accidentales, renueva entre nosotros el señor Hicken. Nada hay más parecido a una comedia del señor Hicken que otra cualquiera de las comedias del señor Hicken.

Los personajes centrales de casi todas ellas son extranjeros que hablan caricaturescamente nuestro idioma, con leves variantes: si el intérprete es Parravicini, el extranjero será, como en "Maridos Caseros" y "Papá y Mamá", un inglés o un francés, si el primer actor es Casaux, el personaje cómico será, como en "El Pariente Político" y "El Profesor Müller", un italiano o un alemán.

Por lo que se refiere a la obra misma, nada más inconsistente, nada más falso que lo que no es en ella la actuación del actor, del mimo. Casi todas esas producciones teatrales tienen tres actos; pero pudieran tener indiferente-

mente dos o uno. No habíamos como no la hay habitualmente, razón artística alguna para que la obra comience, bien podría ésta prolongarse indefinidamente o no haber comenzado nunca. En realidad, su única razón de ser es la de resucitar, conciente o inconcientemente, la "commedia dell'arte".

Si los personajes de la vieja farsa parecen haber desaparecido, es sencillamente porque han abandonado sus trajes abigarrados, no porque se hayan resignado a eliminarse.

No han muerto; lo que han hecho es cambiar de indumentaria.

La "commedia dell'arte" significaba la pretensión franca del actor a bastarse a sí mismo. Su juego escénico era allí todo; en cuanto al papel lo improvisaba diariamente ante un público para quien lo importante no era lo que decía, sino quien decía las cosas.

Hoy los actores se han hecho más prudentes, sin hacerse menos orgullosos. Y sobre todo, entre nosotros, saben perfectamente que su público los sigue tan incondicional, tan servilmente como el del siglo XVI seguía a los actores desolados de la "commedia dell'arte". Pero se han hecho también más perezosos y ya no quieren improvisar. A veces—Parravicini es un ejemplo de ello—colaboran constantemente, y hasta eliminan de hecho al autor, "morelleando" a su capricho; pero lo más a menudo aceptan que otro les ahorre la improvisación verbal.

Para que esta diferencia entre la "commedia dell'arte" anterior y la actual, fuera apreciable, sería necesario que resultara ventajosa: que lo que hoy ponen ciertos autores cómicos fuese manifiestamente superior a lo que improvisaban o serían capaces de improvisar los actores. Nada menos probable.

Véase lo que ha puesto de propio el autor del "Profesor Müller": personajes de pantomima, como el de Toco, cuya mayor gracia consistió en imitar gritos de animales y reeditar chistes tan marchitos como el de que "a quince pasos no se sabe si las mujeres con silueta a la moda van o vienen"; como el del protagonista, que perdería toda eficacia si hablara sin acento extranjero, etc., etc.

¿Qué hay en todo esto que no pudiera igualar o superar cualquier actor abandonado a sí mismo, y que, en resumen, no sea suyo? Porque ni las gracias zoológicas de Toco ni la pronunciación defectuosa del "Profesor Müller" son del autor, sino de los intérpretes que las imitan.

De qué escena, de qué frase, de qué incidencia escrita de la obra se acordará el público que asiste a sus innumerables representaciones? De ninguna. Recordará los actores, los gestos, las inflexiones vocales; pero no puede recordar la parte intelectual, porque sólo lo que existe deja alguna huella en la memoria.

He aquí porque ciertos autores no tienen otra función que la de percibir derechos que otros les ganen y merecen; otra razón de ser, que la de añadir a la "commedia dell'arte" rediviva un nuevo personaje: el autor, personaje que no habla; pero que escribe para sus actuales compañeros, como improvisaban los intérpretes de la vieja farsa italiana: recogiendo los chistes más triviales y utilizando los recursos más burdos.

La división del trabajo social y la multiplicación de la pereza son, sin duda, las que han añadido este elemento superfluo a la "commedia dell'arte"; renaciente entre nosotros.

Y, se dirá, si todo es cuestión de actores, si son estos los que hacen que una obra fracase o triunfe, ¿por qué no tienen igual éxito todas las obras que algunos de ellos interpretan, por qué, para un mismo autor, hay estrenos más felices que otros? Porque los mismos actores improvisados, no estaban siempre bien inspirados; pero para nuestros autores-proveedores, les basta con no malograr las condiciones de sus intérpretes, con darles, a lo sumo, la ocasión de desarrollar su maximum de recursos. De su nulidad literaria la idea terminante la simple lectura de sus engendros. Aún los que estamos habituados a leer obras teatrales, vemos perfectamente que aquéllos nada valen por sí mismos, y que si triunfan, su triunfo es siempre de los actores que los representan.

Lamentamos sinceramente que el azar nos haya deparado una obra del señor Hicken para manifestar el juicio que el teatro por ella representado nos merece; creemos que dicho autor supera en mucho el nivel artístico de sus producciones.

Si bien es cierto que, dada la calidad de las mismas, no es seguro que esto constituya un elogio ni mucho menos una disculpa.

José A. ORIA

"Rico o pobre, todo ciudadano ocioso es un bribón"

Juan Jacobo Rousseau

Monseñor Equis, candidato a arzobispo

por Manuel M. Podestá

Sin embargo, en nuestro siglo los trajes eclesiásticos se han roto lamentablemente por los codos; aún más, la mayoría de ellos se han convertido en simples formas vacías, más caras bajo las cuales no se encuentra figura viva ni espíritu; donde no hay más que arañas e inmundos gusanos que en horrible amasijo hacen su obra.

T. Carlyle—"Sartor Resartus", t. 2, c. II, pág. 74.

I.

EL arzobispado de Pingüinia corría inminente peligro de quedar acéfalo a causa de la precaria salud del titular, varón docto y sabio. Tal posibilidad llenaba de turbación a los dos probables sucesores de Monseñor, que aspirando secretamente a sustituirle, multiplicaban sus acciones meritorias con la plausible intención de inclinar la balanza del Altísimo en su favor. Uno de ellos, Monseñor Equis, preferido de las bellas cristianas por la elegancia de su apostura, el suave color morado de sus medias de seda y la turbadora exquisitez de sus perfumes, hablaba continuamente a las atrayentes ovejas de su rebaño espiritual (todas de fina raza), de los místicos éxtasis de Teresa de Jesús la de Ávila, y de la loable humildad de Santa María Egipcíaca, que, hallando durante su peregrinación a Tierra Santa un río invadible, que le impedía seguir la ruta en que la iniciara el Señor, no titubeó en pagar íntegro, y hasta con exceso, según lo relatan exégetas insignes, el precio que le cobraron seis robustos y heréticos barberos para pasarla a la otra orilla, dando con ello el más alto ejemplo posible de cristianas virtudes.

El otro candidato, Monseñor Zeta, hábil casuista y teólogo de nota, reputaba que los caminos más cortos son siempre los que directamente conducen a Jehová, y por ese motivo mantenía estrechísimas relaciones con el Santo Padre, que desde la ciudad eterna gobierna todo el mundo cristiano bajo la inspiración divina.

II.

No tardaron las mansas ovejas y los lanudos carneros del rebaño (espiritual se entiende), en percatarse de la sorda rivalidad existente entre los dos ilustres varones y la juzgaron con mezquino criterio, sin comprender que ella era "Ad Majorem Dei Gloriam"; y, a manera de Tiro y Troyanos, o Guelfos y Gibelinos, se dividieron en dos bandos; unos apoyaban a Equis y otros a Zeta; un horrible cisma amenazaba la unidad religiosa de Pingüinia. Estas escisiones, que eran por aquel tiempo harto frecuentes en la Arquidiócesis, se agravaron a causa del desacuerdo que reinaba entre las distintas clases sociales. Monseñor Equis, perito en materia de equilibrio, decidió apoyarse en ambas fuerzas antagónicas para conseguir su propósito. Inmediatamente se puso en acción dando a las clases pudientes conferencias en pro de los menesterosos y augurando a estos toda clase de felicidades materiales espirituales y celestiales para el día en que tuviese la sartén por el mango. Más como las clases proletarias eran en Pingüinia suavemente incrédulas y desconfiadas, apoyó con todo el poder de su elevada investidura cierta loable iniciativa patrocinada por la asociación que fundara el inmortal Bartolo Chauvin (1), cuyo fin era reunir tanto dinero cuanto se necesitase para hacer de cada pobre un soberbio millonario y poder de este modo realizar su sueño de toda la vida: formar un partido católico que fuera tan poderoso como para regir absolutamente a Pingüinia, que se convertiría entonces bajo su dominio en un verdadero reino de Dios.

Sin embargo, las bellas pingüinas que desmayaban de fé al escuchar sus sermones almidonados y ardientes, se resistían, con una fortaleza digna de mejor causa, a entreabrir sus talegas de dinero, por lo cual fué menester recurrir al sano terror, cuya virtud más notoria ha sido siempre la de lograr, merced a su influjo, convertir al más despiadado Harpagón en un tierno Mecenaz.

Sus conferencias que circularon en un regocijante volumen son ejemplo de fina dialéctica y elegante persuasión; en la última de ellas, que tuvimos el honor de escuchar de sus reverendísimos labios, se expresó así: El Antecristo ha aparecido "en la tierra como fruto natural de nuestros pecados; su doctrina, que se llama "maximalismo, hace adeptos entre las clases bajas, tal como lo hiciera nuestra "santa religión 2000 años antes, según lo "relata el hereje Renán, y a quien no "creo, pues para mí me tengo que "nuestro "trafé fué siempre patrimonio de personas bien vestidas. Tal doctrina infernal "proclama a los cuatro vientos que las "desigualdades humanas no deben medirse "se por las talegas de oro, y que cada hombre tiene derecho a que no le quiten su "rayito de sol. Como véis, esta doctrina "es atrozmente impía, pero para que no "prosperes es menester que les demos algo "de lo que piden, porque sino, sospecho "que son capaces de arrebatarlos a despojo nuestro. Grandes peligros se ciernen sobre nuestra tierra. El Arzobispo "está en trance de comparecer ante el Altísimo, que sin duda premiará su virtud "desplegaras y si no estoy con vosotros "¿quién os alccionará con más suavidad, elegancia y exquisitez que yo?"

El auditorio estaba conmovido: ¿qué bien decía las cosas Monseñor Equis, con qué elegancia se secaba la transpiración de su frente con el finísimo pañuelo de batista! Si el Santo Padre lo hiciera Arzobispo, ¿qué gran cosa haría! Zeta era grosero, no tenía nunca ese suave olor a "Opoponax" y procuraba conseguir la diócesis por medios tortuosos. No, nunca sería jefe de la iglesia pingüinense.

Clarín

REVISTA QUINCENAL EDITADA POR EL ATENEO UNIVERSITARIO

Aparece los días 11 y 15 de cada mes.

Subscripción Semestral: \$ 1 mjs. Número suelto: 10 cts.

(No se atienden pedidos que no vengan acompañados del importe correspondiente).

Redacción y Administración: MALPÚ 126, Buenos Aires

Monseñor Equis estaba encantado, pues la Señora Devoción, perteneciente a la flor y nata de la aristocracia, le había dicho al terminar de confesarse: "Vd. será arzobispo, y lo será porque a mí se me ocurre: al igual que la Señora de Worms-clavelin que le consiguió la mitra al R. P. Guitrel, cuando se me pone algo en el moño, lo consigo". (2)

III.

Pronto Monseñor Equis será arzobispo a no dudarlo y es tal vez por ello que ha acentuado un poco más el suave perfume que siempre usa, sus medias de seda son de un morado más vivo que antaño y hace plateada hebillas en su elegante zapato. Ahora alterna la plácida lectura del breviario con la ágil prosa de Maquiavelo, el discutido autor de "El Príncipe", y en sus momentos de duda se conforta meditando sobre Sixto V Papa, que fuera cuidador de cerdos en su juventud...

(1) Ver número II de CLARÍN.

(2) "El olmo del paseo", A. Franco.

Nuestras plagas

EL EQUILIBRISTA

Lo encontramos a cada instante en todos los órdenes de nuestra actividades. Es aquel que por pereza criolla, miedo, prejuicio o simple conveniencia personal, jamás se define, ni compromete opinión, ni se apasiona por nada. Es, en una palabra, el paniaguado, el eclético sistematizado que tan pronto se nos disfraza de juez, como de político, universitario, crítico o mamporrero.

El equilibrista no es "ni chicha ni limoná"; es un ser despreocupado y negativo, para quien la libertad de pensar es una conquista inútil, porque jamás piensa, y, mucho menos, con libertad.

Bien es cierto que el prudente aforismo latino "in medium veritas" es muy respetable, en cuanto significa un conocimiento previo de los extremos. Pero nuestro equilibrista guarda en ese sentido una gran distancia. Su eclectismo es, por lo común, pobreza de espíritu e indiferencia, al propio tiempo que le sirve de máscara para cubrir su ignorancia.

Alguien ha observado que somos un pueblo híbrido e inconstante. Claro está; como que abunda entre nosotros ese personaje indefinido que carece de pasión y tiende a estratificarse, constituyendo además un valor negativo de toda acción y progreso.

Don Miguel de Unamuno, comentando la existencia de la misma plaga social en España — "lo que se hereda no se hurta", dice un refrán burgués, — nos recuerda en su "Vida de Don Quijote y Sancho" un pasaje del inmortal libro de Cervantes. La cita se refiere a aquel capítulo en que Don Quijote discute apasionadamente con el barbero, afirmando que la bacía no era tal, sino el yelmo de Mambrino conquistado por él en caballería. La discusión sube de tono y entonces interviene el bueno de Sancho y transige, sosteniendo — con la consiguiente indignación de su amo — que se trataba de un "baciuelmo"... Y Unamuno recuerda entonces que el ridículo sancho-pancesco se reproduce a menudo en España.

Que nos perdonen Cervantes y su ilustre comentador, y aun nuestros lectores; pero no podemos resistir a la tentación de "acoplar" la anécdota criolla — que también la tenemos — para hacer más preciso el parangón.

Refiérase que cierto pelucón de nues-

tra política exaltado a un ministerio por obra y gracia del sufragio universal, fué consultado por un amanuense sobre si tal palabra se escribía con "b" o con "v". El hombre, que estaba algo distraído — cosa corriente en nuestros ministros — reaccionando con su habitual eclectismo, contestó tímidamente: "Ni muy larga... ni muy corta... Se non é vero...."

Y menos mal cuando el vicio apuntado nos conduce simplemente al ridículo, pues la amarga verdad es que semejante estatismo berroqueño nos hace tributarios del prejuicio arrojándonos al atraso.

Por eso marchamos siempre a remolque en todas las cosas y por eso también nuestros equilibristas — que forman legión o brigada — ante la idea de una renovación social, que no comprenden, viven atemorizados en las tinieblas, esperando fantásticos enemigos, mientras sus dientes castañetean implorando al Santísimo.

La verdad es que el país necesita, hoy más que nunca, hombres sinceros y definidos. Hombres que abandonen el prejuicio y el cómodo ostracismo de la indiferencia para estudiar y conocer a fondo nuestros problemas vitales, que no han de resolverse seguramente con colectas, beneficios, kermeses, discursos y banquetes. Hombres, en fin, que lleven en sí el dinamismo espiritual capaz de conducir a lo sublime y a lo heroico, tales como fueron los verdaderos constructores de la nacionalidad.

El progreso humano se sirve de estos factores positivos. Es menester, pues, definirse y creer — "las cosas son más verdaderas cuanto más creídas" — que la "renovación de valores" debe dejar de ser una palabra que asusta a muchos sin beneficiar a nadie.

Arturo GONZALEZ ARCE

De la ciudad

Obreros endomingados

SON dos. Los dos jóvenes. Ella, delgada, grácil, coquetona con su gran moño rojo en la bien peinada cabellera. El vestido vuelto a la moda, merced a cortes, y costuras, le queda bastante bien. Y, ¡qué diablos! tiene veinte años...

El, fuerte, algo cargado de espaldas. Por más que hizo, no pudo sacar del todo de sus manos, hipertrofiadas por el hierro, las manchas negras. Ni de sus uñas. Los botines, le ajustan, obligándolo a caminar con los pies hacia adentro. Va incómodo con ese traje nuevo, al que no se puede nunca acostumbrar. El sombrero se empeña en abandonarlo, a cada insinuación algo autoritaria del viento. Pero, ¿qué importa todo eso? Su mirada es altanera, casi desafiadora: ¡va con ella!... Con esa monequita a la que quiere con todo su corazón de niño grande. Corazón de obrero... Y viéndolos contentos, felices, pasear por los senderos del vulgar parque ciudadano, sus ensueños, su cariño, su pequeña historia, me pongo triste. Me doy cuenta de que una gran ternura ha hecho nido en mi alma. (Toda ternura tiene algo de tristeza).

Y pienso en lo que será, al cabo de pocos años, esa hoy feliz pareja de novios. Ella, en el patio del conventillo, entre chicos harapientos, ropa tendida, humo y tufo de cocinas; en zapatillas, envejecida, fea, desgredada, paseando, con impudico orgullo, la fábrica de ciudadanos, repleta de carne nueva.

El, casi entrada la noche, vuelve del trabajo, con todos los huesos doloridos. La espalda vencida. Los ojos vencidos. Los brazos vencidos. Todo él, hecho una derrota. Llamará a su mujer, para pedir-

Obispos y Belakunes

Señor Director de "Clarín".



Con verdadero asombro he visto que su simpático periódico se refiere en términos poco respetuosos a la Gran Colecta Nacional.

Creo que se trata de una laudable iniciativa. Representa una expropiación de los pudientes, realizada con métodos coactivos que las víctimas aceptan con noble resignación. ¿No cree Vd. que es un signo de los tiempos?

Considero que estas pequeñas sangrías despertarán en quienes las soportan el sentimiento de la ilegitimidad de la miseria y los acostumbrará a mirar con ecuanimidad el gran movimiento de justicia social que está renovando el mundo.

Estas primeras "corazonadas" tienen un hondo valor sintomático; implican el reconocimiento de que en la sociedad existen males que reclaman remedios. Poco importa que el concepto teórico de la Colecta sea equivocado, en cuanto induce a creer que las faltas de Justicia pueden remediarse con sobras de Caridad. Es un detalle. No debe olvidarse que en toda sociedad existen dos mentalidades opuestas, de manera que el mismo problema debe ser visto exactamente "al revés" por los que custodian el pasado y por los que elaboran el porvenir.

Económicamente, la Colecta, si llegara a convertirse en sistema, presentaría ventajas sobre las leyes de asistencia social que el Congreso prometió en la hora de la inquietud y ha olvidado en la de pacifica-

le el puchero. No se acordará de pedirle nada más...

De vez en cuando intenta pensar. Los domingos pasará las horas fumando sentado a la puerta de la pieza. El "caburé" del barrio hace languidecer de lascivia a las muchachas del conventillo con un tango tristonso sensual, retorcido, como un gemido de placer. El aceriollado bandoneón hace prodigios. ¿Y qué pensará el obrero?... Acaso en la realización de su amoroso ideal. Tal vez sus deducciones se sinteticen en la crispación de un puño cerrado. Quizá su frente, llena de arrugas, se levante al cielo buscando algo que, cuando niño, le dijeron que allí estaba, para consuelo de los que sufren...

La pareja de obreros endomingados sigue su plática sentimental, bajo la placidez de los árboles. No les interesa nada más que sus asuntos. Y, llegada la hora del crepúsculo, se van del brazo, queriéndose más, a medida que se acerca el instante de separarse. Y hasta el otro domingo!

¡Pobres! Si yo pudiera gritarles, decirles que no se amen; que no sueñen. Que el porvenir les romperá su humilde nidito de ilusiones; que no quemen, tan ingenuamente las naves de su felicidad... Pero, no me querían creer. Reirían de mí. Dirían que soy loco... La patria necesita futuros soldados.

¡Y, sin embargo, siento una ternura tan grande, cada vez que veo pasar a mi lado una joven pareja de obreros endomingados!...

José C. BELBEY

ción. Todo lo que hace el Estado para el pueblo lo paga el mismo pueblo bajo forma de impuestos directos o indirectos, de manera que da con una mano lo que quita con la otra. En cambio, los dineros de la Gran Colecta, salen única y directamente de la bolsa de los enriquecidos, y no es imposible que alguna parte de esa auto-expropiación llegue a beneficiar a los necesitados.

Lo único malo es que no se recolecten más que 20 millones, cifra insignificante para restablecer la Paz Social que todos anhelamos. Convendría que la prensa estimulara a sus iniciadores para que hagan un par de colectas por mes, lo que en un par de años representaría una expropiación de 1000 millones, cifra no del todo despreciable y muy superior a la que los amigos del pintoresco Belakun lograron expropiar en Hungría.

Claro está que si la tal Colecta va a ser un caso aislado y no se repite con la frecuencia deseable, la Caridad no logrará tapar la boca a la Justicia; y el pueblo necesitado acabará por creer que los Obispos son menos eficaces que los Belakunes. Parece que algo de eso está pasando en Inglaterra, cuyo gobierno acaba de tener el buen sentido de capitalizar ante los siete millones de obreros que no le pedían limosnas, sino Derechos...

Tendrán que darse prisa los que desean llegar a la Paz Social por esos caminos de santidad. Una colecta por mes. Una por semana. Una por día... Y que suba al termómetro de la auto-expropiación; pues, al fin y al cabo, — como dicen los "coleccionistas" — es mejor apresurarse a dar algo antes de que el Demonio ponga malas intenciones en la cabeza de los que han perdido el temor de Dios.

Saluda al señor Director muy atte.

José INGENIEROS

Octubre, de 1919.

PI SUÑER

A PARTE de su labor docente, el catedrático catalán ha cumplido una faena utilísima durante su permanencia entre nosotros: la de mostrar a las claras cómo son conciliables la dedicación a las disciplinas científicas con el interés por los problemas que, minuto a minuto, — en estos días de honda y agitada renovación — plantea la realidad social.

El doctor Augusto Pi Suñer ha creado un nuevo vínculo amistoso entre España y las naciones del Plata. Poco, bien poco se nos conoce en la península, y por ello casi no son a lisonja o a galantería aquel concepto en varias ocasiones vertido por el ilustrado huésped: "Los que aquí nos trasladamos, venimos, a veces, a enseñar, pero también a aprender"... Más que a aprender — agregaríamos — a constituir después en tierras ibéricas un eco cordial del jadeante progreso argentino.

El profesor hispano, sin el presuntuoso estiramiento hostil de alguno de sus antecesores en la cátedra de la benemérita Institución Cultural Española, se ha relacionado íntimamente con los núcleos intelectuales y estudiantiles de las ciudades universitarias de la República. De ahí que no deje — como otros — sólo discípulos; deja discípulos y amigos.

En el N.º 4 de CLARÍN (1.º de noviembre), colaboración de:

Emilio Troise, Mario Bravo, Alfredo Colmo, Alberto Falcos, Bernardo González Arriñi, Valentín Méndez Calzada, José Gabriel, Rafael Alberto Arrieta, Justo Pallarés Acebal, Arturo de la Mota, Carlos Muzzio Sáenz-Peña, Amílcar...
Monner Sans, etc.

El perfecto inmigrante

DICESE que en los Estados Unidos acaba de dictarse una ley prohibiendo la inmigración.

Como todos los lectores saben, es un anhelo agudo el que constantemente existe en nuestro país por que vengan muchos inmigrantes, y saben también que hace años estaba mermando el ingreso de trabajadores extranjeros, hasta el punto, puede decirse, de haberse anulado totalmente.

Sabían también que el país competidor de éste en la atracción para la corriente inmigratoria eran los Estados Unidos. De manera que cerrando aquél gobierno las puertas, lógico es pensar que se desvíe, hacia éste, con gran satisfacción de las personas que están interesadas y han andado preocupadas sobre sí, al fin de la guerra, vendrían o no muchos inmigrantes al país.

Quiénes sean los verdaderos interesados en la entrada de inmigración, es cosa que no se suele poner muy en claro.

En términos generales, somos, a la larga, interesados todos, por cuanto se intensificaría la cultura al intensificarse la población del país.

Pero si solo esa clase de interés hubiera, casi nadie se ocuparía de ello, porque, desgraciadamente, así sucede con todos los intereses no personales e inmediatos, por grandes que sean.

Sin embargo, en esto de la inmigración hay quienes se interesan de veras y a conciencia: y son aquellos a quienes la cosa beneficia directamente. Otros se creen interesados también, aunque no lo son; pero repiten como loritos lo que leen en los diarios.

Así, por ejemplo, suele acontecer que se oye a empleados que ganan un sueldo ufano de que "este año 'hemos' exportado tantos millones de toneladas de trigo" y que "nuestras" carnes se cotizan muy bien en los mercados extranjeros". Y no paran mientes en que esas noticias son excelentes para los que tienen novillos o trigo que vender o campos que arrendar a charcareros, pero no para los que compran el cotidiano puchero... a peso de oro, como es el caso de todos los empleados, obreros, comerciantes... y redactores de diarios: en fin: la mayoría de los habitantes del país. A estos les convendría más que "sus" carnes se cotizaran un poco más bajas.

Así pasa con los inmigrantes. A los terratenientes, a los accionistas de ferrocarriles, a grandes comerciantes y algunas personas más, les conviene muchísimo que vengan millares y millones de inmigrantes, pues con eso se valorizan fabulosamente sus bienes.

Pero, vamos a ver: ¿qué gana con eso el obrero, el empleado, el periodista, el ingeniero y, en suma, quien viva exclusivamente de su trabajo? ¿Qué ganan estos señores con que vengan muchos extranjeros a competir en las tareas y salarios, haciéndolos más bajo todavía?

Por eso es bueno distinguir a quiénes les convienen los inmigrantes y a quiénes "no" les convienen, personalmente, o no les interesan.

Llegarán o no ahora, a pesar de la ley norteamericana, porque, el mundo está tan revuelto, que ¡vaya uno a prever esos detalles!

Pero si se dispusieran los extranjeros a venir, no sería un placer sin mezcla para los platados deseosos de que vengan, como lo era antes, sino al contrario, una fuente de perplexidades y desazones.

Porque ahora la gente de trabajo — en opinión de la gente adinerada — "está muy echada a perder". Hacen huelgas y barullos, piden más salarios: se han vuelto una calamidad.

Opinan también que quienes se distinguen por esas inmoderadas y malas costumbres son precisamente los extranjeros, gente revoltosa a la que le da por leer folletos revolucionarios y otras inconveniencias.

Y aquí está el conflicto: ¿Deben desear inmigrantes extranjeros, o no desearlos? Tienen éstos la ventaja de dar ganancias a los ricos; pero como se ve, tienen también los tales extranjeros muchos inconvenientes.

Como quiera que, según los interesados en la cuestión, parece que solo los trabajadores extranjeros están inficionados por esas malas mañas, la dificultad se subsanaría fácilmente procurando una activa inmigración... ¡de obreros argentinos!

Pero, casualmente, hay muy pocos obreros argentinos fuera del país, y tampoco está probada, ni muchos menos, la inmunidad de los trabajadores argentinos contra las "malas ideas".

¡Es, entonces, que la cosa no tiene solución!

Todo tiene remedio en este mundo, menos la muerte; y por eso han pensado algunos en que se arreglaría el asunto haciendo leyes que "depurasen" y "seleccionasen" la inmigración.

La cuestión consiste en conseguir muchos inmigrantes: pero bien tamizados, seleccionados, esterilizados y amaestrados.

Si se amaestra un perro, ¿por qué no se ha de poder amaestrarse un inmigrante?

Sería fácil instalar una especie de lazareto en Martín García donde se sometieran a un examen e inspección técnica, que solo dejara pasar a los inmigrantes irrefragables.

El perfecto inmigrante debe ser hombre joven y de buena presencia, de excelente salud e impecables costumbres físicas y morales. Jurará que ha de trabajar de sol a sol, conformándose con lo que le den, y dar, a su vez, las gracias. Que sea sobrio y de buen diente: pues no conviene la gente melindrosa que exige puchero con carne, papas, y qué sé yo cuantas gelosinas. Que lo mismo le dé dormir en un galpón que al aire libre, sin fijarse en parásitos y otras menudecias.

¡Es muy hermoso esto de la estricta sobriedad, y además se hacen con ella méritos para el cielo! Tipos a lo Diógenes serían excelentes, salvo que aquél diablo, como era filósofo... no quería trabajar. Ciertamente poco valdría su filosofía, si no le hubiera servido para zafarse del trabajo.

En fin: como Diógenes, pero sin ese pequeño defecto de la filosofía.

Que tampoco fumen y, menos, que beban. A un hombre que no fuma, se le pueden pagar cinco o seis pesos menos al mes y no se le hace ningún mal porque, de todos modos, como no los necesita... Si se le dejara, sería capaz de invertirlos en cualquier otra cosa nociva.

Un buen inmigrante debe ser devoto y temeroso de Dios. Prolijos inspectores comprobarán que todo el que desembarque traiga puesto un escapulario en el pecho y otro en la espalda.

Otro inspector se aproximará a cada inmigrante y pronunciará distraídamente la palabra "bolchevique". Si el sujeto se santigua siete veces y huye despavorido, se le considerará apto para el ingreso. Si no se espanta, o si se sonríe, será rechazado como sospechoso. Convendrá, por las dudas, rechazar también a todos los rusos y estonianos y a todo el que use barbas largas. Son mal síntoma.

En estas condiciones se tendrá una inmigración como la gente y habrá que cuidar mucho que aquí no se averíen los forasteros que ingresen. Para eso será bueno

cerrar todas las librerías, imprentas, telégrafos, correos etc. etc. y evitar que conversen entre sí.

Pero si, desgraciadamente, y ya dentro del país, persistieran en sus malas mañas de hacer huelgas para pedir más sueldos... lo mejor será aplicar sin contemplación la ley de residencia y echar a todos los extranjeros.

Y si, desgraciadamente también, resultara comprobado que hay muchos argentinos contagiados de ideas avanzadas, se podría hacer un añadido a la ley para echar también del país a todos los argentinos.

Daríamos gusto vivir aquí si solo quedaran los estancieros y sus vacas, porque no hay temor de que las vacas contraigan ideas "avanzadas".

Ni tampoco los estancieros.

C. VILLALOBOS DOMINGUEZ

Palabras de Anatole France

Los párrafos que transcribimos han sido extractados de un discurso pronunciado por el más grande escritor contemporáneo en el Congreso de los Sindicatos de Maestros de Francia. Dicho Congreso sesionó en Tours a principios de agosto pasado.

"Es preciso romper con esas prácticas peligrosas, amigos míos. El maestro deberá hacer amar al niño la paz y sus trabajos; le enseñará a odiar la guerra. Excluirá de la enseñanza todo lo que excite el odio hacia el extranjero, aun el odio hacia el enemigo de ayer: no porque deba ser indulgente para el crimen y absolver a todos los culpables, sino porque un pueblo, sea cual fuere, lo componen más víctimas que culpables, porque no se debe proseguir el castigo de los malos sobre las generaciones inocentes y, en fin, porque todos los pueblos tienen mucho que perdonarse unos a otros."

"Sin esperanza de recibir ayuda, ni siquiera aprobación, debéis cambiar fundamentalmente la enseñanza primaria, para formar a los trabajadores. En la sociedad de hoy ya no hay lugar sino para los trabajadores; lo demás será arrastrado por la tormenta. Formad trabajadores inteligentes, instruidos en las artes que practican, que conozcan lo que deben a la comunidad nacional y a la comunidad humana."

"¡Quemad todos los libros que enseñan el odio! ¡Enaltecéd el trabajo y el amor! Formad hombres razonables, capaces de hollar los vanos esplendores de las glorias bárbaras y de resistir a las ambiciones sanguinarias de los nacionalismos y los imperialismos que aplastaron a sus padres."

No más rivalidades industriales, no más guerras: el trabajo y la paz.

Quiérase o no, ha llegado la hora de ser ciudadano del mundo o de ver fenecer toda civilización.

"Permitidme, amigos míos, formular un voto ardiente, que debo expresar en una forma demasiado rápida e incompleta, pero cuya idea me parece propia para penetrar en todos los espíritus generosos. Con todo mi corazón, deseo que a la Internacional obrera pronto venga a agregarse una delegación de los maestros de todas las naciones, para preparar de común acuerdo una enseñanza universal y buscar los medios para sembrar en las inteligencias jóvenes las ideas de las cuales surgirán la paz del mundo y la unión de los pueblos."

"¡Razón, sabiduría, inteligencia, fuerzas del espíritu y del corazón, vosotras, a las que siempre he invocado piadosamente, venid hacia mí, posible a todos los pueblos del mundo y difundidla por todas partes donde haya hombres de buena voluntad para enseñar la verdad bienhechora!"

"Ha nacido un nuevo orden de cosas. Las potencias del mal mueren envenenadas por sus crímenes. Los sediciosos y los crueles, los devoradores de pueblos reventan de una indigestión de sangre. Mientras tanto, fuertemente heridos por la falta de sus amos ciegos y malvados, mutilados, diezmados, los proletarios permanecen en pie; van a unirse para no formar más que un proletariado universal, y veremos cumplirse la gran profecía socialista: 'La unión de los trabajadores hará la paz del mundo'."

¡Hay que devolver!

LOS ejércitos de trabajadores marchan aceleradamente hacia el porvenir, impulsados por un sentimiento y una idea de justicia. Quieren evitar que frente a la riqueza agresiva, amasada con el trabajo ajeno, se agite con dolor la multitud paupérrima; quieren suprimir la explotación del hombre por el hombre.

Organismos poderosos de obreros fuertes y solidarios anuncian el alborar del mundo nuevo, que debe reemplazar al mundo viejo del trabajo maldito y execrado.

El Congreso de Glasgow con sus cinco millones y medio de trabajadores organizados que transformarán fundamentalmente la vida económica de Inglaterra, las agitaciones formidables de los obreros metalúrgicos en el Norte de América y de los ferroviarios en la Gran Bretaña, son síntomas que anuncian el cambio de la estructura social.

En nuestro país, solo la Federación Obrera Regional Argentina, cuya carta orgánica proclama la lucha de clases, cuenta con 440 sindicatos adheridos y con cerca de medio millón de cotizaciones. Bastaría una comunicación telegráfica, emanada del Consejo Federal, para paralizar de una manera fulminante la actividad económica de la República.

Los estadistas europeos se apresuran a modificar los regímenes tributarios, haciendo pesar onerosamente el gravamen sobre el privilegio, a fin de aliviar a los pobres.

La Conferencia de París sanciona el reconocimiento de los sindicatos de todo el mundo y resuelve celebrar el Congreso de Washington que discutirá la legislación internacional del trabajo.

En tanto, nuestro Parlamento a toda prisa quiere dictar leyes coercitivas sobre asociaciones obreras, acaso con la deleznable esperanza de someterlas a la tutela del Estado.

Y nuestros ricos pretenden, con procedimientos infantiles, atajar a "los bárbaros" en las puertas mismas de Roma. "Hay que dar", por miedo a "las iras del populacho", al "rencor de los obreros". ¡Hay que dar! ¿Quién, en medio del naufragio, se pone a regatear con las olas?

"Hay que dar", por que tal cosa significa "un seguro social en favor de lo que se tiene".

Así se invoca el egoísmo y el miedo para perpetuar el mundo viejo.

Pero lo que más irrita es que se nombre a la patria, después de haber afirmado "que se trata única y exclusivamente del bien de los ricos".

La patria no puede tener otro fundamento que la justicia para todos. Sería brutal que se afanzara en el egoísmo de los poderosos.

De la mera comunión de los estómagos no resulta una patria, dijo Guerra Junqueiro que amaba a los humildes; resulta una patria.

Y nuestros abates, de manos finas y olorosas, que "no hacen en la vida más que cruces en el aire", se dirigen a los ricos...

Jesús fué un día a la fuente de Siló. Allí se arrastraban los leprosos y los enfermos cubiertos de llagas. El judío se sintió hermano de los desgraciados, su labio besó todas las úlceras, resumió en su alma los dolores de todos, "maldijo" a "los poderosos", como los profetas, y sintió ansias de derrumbar el Templo...

Todo el oro de los multimillonarios; todo el oro arrastrado por el Pactolo, "le fluye qui roule de l'or", así formara montañas inaccesibles, no podría detener el avance del mundo nuevo.

El "gran termómetro" marca solamente la fiebre abrasadora de un enfermo que se muere.

¡Hay que dar!...

Nó; ¡hay que devolver!

Zola en "El Trabajo" ha pintado magistralmente un anciano rico, en cuyo cerebro parecía haberse apagado la luz; vivía como testigo impasible del decaimiento de su raza, mientras la "Crecherie" — el mundo nuevo — surgía sobre las ruinas del "Abismo", — el mundo viejo —. Estaba mudo; todos creían que no había visto nada, pero un día, antes de morir, habló con una gran voz y, dirigiéndose al último de su raza, le dijo:

Hay que devolver. Hay que devolverlo todo, nuestras casas, nuestras tierras....

—Pero, ¿a quién?

—A todos, replicó. Nada de lo que hemos creído nuestro, lo es. Si estos bienes nos han envenenado es que eran de otros. Por el bien de todos, hay que devolver, ¡hay que devolver!

Alfredo L. PALACIOS.

De tambero a editor

Hay una institución joven, flamante, con las incomparables cursilerías de las cosas nuevas; con muchas sonoridades afinadas al gustado campés marcial de cancioncillas patrias; institución vacua e inocua gracias a la inflación de aire caliente con que los pirotécnicos y tropicales discursos de su presidente la llenan, que se proponía, entre otras bellas e inefables cosas, dedicarse a la honrosa industria tamberil.

Pero don Manuel propone y Dios, valiéndose de sus terribles representantes, dispone. Y como no hay tumbos sin vacas, ni vacas sin plata, y la plata es cosa de tata Dios, que se la da a guardar a los curas, don Manuel se queda sin tampo y los pobres obreros sin beber leche fresquita, espumosa y recién ordeñada.

Mas para todos hay uvas en la viña del Señor, y el que no puede beber leche, puede, en cambio, leer libros, y la empresa aquella que nos prometía un tampo, con vaquitas de verdad en cada cuadra, y nos amenazaba con un caudaloso torrente de leche, ha resuelto imprimir libros.

No conocemos la capacidad industrial de esos señores en materias lecheras; no nos aventuramos a predecir la incomparable bondad de sus requesones, la fastuosa riqueza margarita de sus mantecas, ni el nutritivo valor de la humilde y vilipendiada "ricotta"; que una cosa es la flor y nata de la aristocracia y otra el suero y nata de la leche; pero estamos seguros, sin embargo, que de cuestiones editoriales no entienden una flauta. No nos convence de ello ni el hecho de que don Manuel sea uno de los caballeros involucrados en cierto jurado para premiar obras literarias. La gente de este país ya está curada de espanto; el asunto de los crímenes maximalistas es disco gastado, y no poco trabajo costará convencer a los que viven, trabajan y sufren en esta gloriosa tierra de Catrín y Namuncurá, de que es éste el mejor de los mundos, y que en él la existencia se desliza bella y serenamente a la sombra del más envidiable y perfecto régimen democrático. ¡Por qué esta flamante empresa editorial, no nos dá a leer algo que nos cuente qué es lo que pasa en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Alemania o en Italia?...

Lo que hayan hecho los señores del soviet, no nos interesa ya. A juzgar por lo que inventa diariamente la prensa, rica, ya no queda un solo ser viviente en Rusia; los maximalistas se los han comido en carbonada, si es que en la cocina moscovita se conoce este insustituible plato criollo.

Déjese, don Manuel, de perder el tiempo y de hacer gastar plata en la impresión de folletines; continúe con sus discursos, con sus brigadas, con los decorativos y acaramelados manifestos; que no se puede caer honradamente de pie, después de un salto tan prodigioso, como es el tambero a editor.

"Mirá, hermano.... Yo sé lo que te digo!... Si la historia y el patriotismo, manejaos con cierta malicia, no te pueden abrir cancha, es porq' estás destinado a vivir de tu trabajo"

José S. Alvarez (Fray Mocho)

El estreno de "Caio Petronio"

UN loable esfuerzo y una bella realización de una idea noble significa para el arte argentino la obra de Constantino Gaito que se nos ha hecho conocer en el Colón.

Es la primera ópera de un compositor joven, y por ello hemos de pasar por alto algunos pequeños defectos, solo motivados por la inexperiencia; pero "Caio Petronio" ha servido para mostrar a un autor inspirado y de buen gusto, conocedor del "métrico", pues, dado el concepto moderno de la ópera, el hacerlas es un oficio. No basta yuxtaponer una serie de romanzas, dúos y coros; es menester aprovechar todos los recursos que brindan las voces y el material instrumental, para tejer con ellas y el libro — que tiene esencial importancia — el drama lírico.

Por esa senda ha ido Gaito. Se ha servido de un libreto que, si no brinda esas escenas de gran efecto, indispensables para algunos compositores italianos contemporáneos de la escuela verista, tiene valores fundamentales, conflictos subjetivos, momentos íntimos, que pueden ser realizados con el comentario musical. Y en ese comentario musical, el creador y el técnico se han complementado para escribir páginas de verdadero mérito, aun cuando se advierte enseguida cual es la cuerda en que el músico ha de destacarse: con "Caio Petronio" su autor se ha mostrado ante todo un lírico; un músico sentimental, que enciende frases bellas para comentar un conflicto amoroso.

El primer acto lo conceptuamos un error en la obra. Es un error como libro y, es un error como comentario musical. Quizás uno emane del otro. Está por entero consagrado a evocar en escena la "Vía Appia" de la Roma Imperial, y para ello se ha prescindido de todo incidente que pueda dar variedad a la escena. Ella se circunscribe a un interminable desfile de gente en el que, sólo por incidente, aparecen personajes que nos interesen. El acto es monótono y no puede sugerir comentario musical alguno, excepción hecha del desfile de Nerón y su séquito, subrayado por una marcha no muy inspirada, pero bien armonizada y bien orquestada. Los mejores aciertos los encontramos en las frases de Petronio (muy débiles para ser un acto de exposición) y de Curio, especialmente este último, acompañado siempre de motivos que evocan la vileza del personaje, y que tendrán gran importancia en el acto siguiente.

Se inicia éste con un coro de esclavos, correcto como nota de ambiente, pero frío en su parte musical. Al finalizar este coro, surge el "quid" del drama: el amor que Petronio ha inspirado a su esclava Rhea y que ésta guarda en secreto. Las escenas hasta el final del acto, en que se pacta la venta de la esclava al libertino Curio, que la ama, y el dúo final, cuando el "arbitro" descubre el amor de Rhea, encierran innumerables bellezas y valen por sí toda la obra. Una línea melódica sutil y elegante guía esta escena, y tan pronto está en las frases cantadas, como en la orquesta, tratada, esta última, con un cuidado y un colorido que subyuga al espectador.

Bajo tal impresión llegamos al acto tercero, en que la obra decae. Falta en la escena esa nota sentida que ha inspirado a Gaito en el acto anterior y volvemos a la monotonía del primero, descriptivo, pero escaso de vigor. La pintura musical de la orgía en la cual muere Petronio y la esclava amante es débil, caracterizándose por un solo motivo, bonito e inspirado, pero repetido hasta fatigar.

Los personajes no están delineados con la seguridad que cuadra a un drama, y el compositor no ha sabido darles la representación musical reconocida. Petronio es excesivamente parco en frases que sirvan para individualizarlo. Apenas si algunos detalles lo asemejan al que conocemos a través de Tácito o de la admirable novela de Sienkiewicz. Los temas y armonías que lo acompañan no tienen la suficiente nitidez, exceptuando los acentos amorosos del segundo acto que es — lo hemos dicho ya — donde Gaito se ha mostrado un lírico de alto vuelo. Igual cosa puede afirmarse de Rhea, cuya actuación en el tercer acto enrequece de interés teatral y musical, lo que es sensible, pues es ya la amante de Petronio que se sacrifica por no sobrevivirle, circunstancia que debió ser aprovechada por el comediógrafo y por el músico.

Curio es el personaje más afortunado. El carácter del esclavo ensoberbecido al verse libre, y la baja con que quiere humillar al que ha sido su amo, están bien reflejados en sus frases, que el autor destaca con eficaces toques dramáticos. Los demás personajes son episódicos.

Caio ha dotado a sus cantantes de "tessituras" violentas, las cuales exigen un esfuerzo que no da buenos frutos. Como justa compensación, ha manejado la orquesta con una delicadeza y una sobriedad que ponen de relieve su talento. Ha seguido las líneas de la escuela romántica, pero introduciendo en ella disonancias modernas y timbres llanitos que dan a la composición un sello personal.

Diremos, para terminar, que "Caio Petro-

nio" es una ópera agradable, bien realizada, que se escucha con gusto y se aplaude de buen grado.

La representación del Colón fue muy correcta en cuanto a "mise en scène" y a la orquesta, que respondió al talento de Serafín; pero muy inferior en lo que respecta a la interpretación confiada a cantantes mediocres, y poco familiarizados con sus papeles.

Adolfo CASABLANCA

De la vida optimista

El patriotismo de los panglossianos

por Modesto Cero (hijo)

EN nuestro anterior artículo (1) hemos definido "grosso modo" y a vuela pluma las características fundamentales del gran Partido Panglossiano Internacional. Fue nuestra honrada intención de vulgar entre la masa del público sus sanos principios, sus altas enseñanzas, las únicas que pueden servir de base a una sociedad interesada en perpetuar el actual orden de cosas. Ahora nos proponemos desarrollar algunos de sus principales aspectos, eligiendo de propósito los menos comprendidos y los más sujetos a discusión.

El vulgo — siempre torpe y grosero en sus manifestaciones — suele atribuir a los panglossianos un estrecho patriotismo (*chauvinismo*, dicen los franceses, *jin-gismo* los yanquis), polo opuesto al internacionalismo de que se hace gala en las bajas esferas populares. Y este es un doble error que la opinión pública suele admitir con harta ligereza de juicio. No: ni los panglossianos son patriotas, ni la gente del pueblo es *sin-patria*.

Sucede en realidad lo contrario y precisamente trataremos aquí de razonar lo que de buenas a primeras se le antojará al lector una audaz paradoja.

Ante todo, ¿en qué consiste el patriotismo y qué entienden por patria los panglossianos?

Vamos a verlo en seguida.

Ya habrá advertido el lector — por nuestra anterior exposición — que los panglossianos aman lo abstracto, lo ideal, lo metafísico. Así es, en efecto. De modo que la patria está, pues, por encima de lo real y sólo se traduce y se materializa en símbolos. Muy nobles — eso sí — y muy hermosos, tales como la bandera, el himno, la escarapela, la tradición, etc. Tal pasión experimentan hacia estas sublimes cosas, que por ellas cumplirán todos los heroísmos: son capaces de romper a botellazos los espejos de un cabaret, arrancar de cuajo las barbas a todos los judíos de la tierra, hacer de una biblioteca un montón de cenizas, etc. Aún en caso de guerra predicarán al pueblo las viejas virtudes del civismo más acrisolado, y a ellos se refiere Stecchetti en estas sentimentales estrofas:

Ah, siete voi! Salute, o ben pensanti,
in cui l'onor s'imbotta e si travasa;
ma dite un po', perché gridate "avanti!"
e poi restate a casa?

Perché, lungi dai colpi e dai conflitti,
comodamente d'ingrassare soffrite,
baritonando ai poveri coseritti:
"armiamoci e partite!"

Partite voi, se generoso il core
sotto al pingue torace il ciel vi diede.
O Baiardi, è laggiù dove si muore
che il coraggio si vede.

"En casi todas las ciudades griegas, el partido de los ricos se entendía con los romanos". (4)

Y como en Grecia, en todas partes.

También la historia nos dice que cuando los panglossianos triunfan en cualquier nación y logran el poder, no buscan como gobernar a uno de los suyos o del país; no. Prefieren un monarca extranjero. Así ocurrió en Bulgaria, Rumania, España, en la moderna Grecia, etc. ¿Por qué? Porque un forastero tratará, casti-

gará al pueblo sin contemplaciones, sin asco. De ser nacional el gobernante, puede que en un momento dado se sienta semejante de sus paisanos, igual a los demás hombres y le repugne en consecuencia, dirigirlos como a idiotas o acorralarlos como a bestias.

Ya se ve, por estos ligeros apuntes que la xenofobia del panglossiano es una fábula. ¿Y cómo no ha de serlo en quienes sólo aspiran en vestir a la inglesa, luegar a la judía, beber a la tudesa y mantener a la francesa? Sólo el pueblo es patriota sin cacarearlo, cuando confiesa que vive "a la que te criaste".

Resumiendo:

El trabajador considera como su patria el pedazo de tierra en que vive y sufre.

El panglossiano dice:

— ¡Esta es mi patria! — echa mano al bolsillo, enseña una libra esterlina y guiña un ojo.

En cuanto a los sagrados símbolos, salen a relucir cuando la esterlina peligr.

(1) Véase "Un gran partido internacional", CLARÍN, N.º 1.

(2) "Agli eroissimi", pág. 575. Aprovecho esta ocasión para recomendar la lectura de "Adjecta". En castellano sólo existe una traducción de la amargada "Póstuma", hecha por un señor Jurado de la Parra. La obra grande de Stecchetti no se conoce en español. Y es muy sensible porque — para decirlo en el nuevo estilo — el poeta italiano tenía unas inteligencias como la copa de un pino.

(3) Para la definición del "nómeno", de la "cosa en sí", véase "La gramática de la ciencia", de Karl Pearson, trad. de Julián Besteiro, pág. 76 y siguientes. Es lo único inteligible que se ha dicho al respecto.

(4) "Historia Universal", Tomo I, pág. 569.

Los libros

Máximo Gorki (Su vida y sus obras), por Alejandro Castiñeiras.

QUE no daría por revivir la impresión rara y fuerte que me produjo Máximo Gorki hace cosa de quince años, cuando los muchachos de mi generación lo descubrimos! Habíamos descubierto más que un escritor, un mundo. Aquel vagabundo genial, con su áspero realismo nos metía por los ojos hasta muy adentro del alma, una extraña sociedad de hombres como no habíamos conocido hasta entonces ni en la vida ni en los libros, y si apenas sospechaba en el bajo fondo de nuestras ciudades. ¡Tan "humanos", tan poco literarios que los sentimos enseguida! Pero había más y mejor para nuestros juveniles corazones: en la oscura entraña de esa sociedad que parecía dormida o muerta, nosotros veíamos relampaguear foscamente la próxima tormenta. Esta no tardó. Y nuestras almas, que, suspensas de la muerte de la primera revolución rusa, vivieron en enero de 1905 días inolvidables, ofrecieron a Gorki, entonces en la cárcel, la flor de su entusiasmo, de su ansiedad y de su congoja. En Gorki personificábamos la revolución.

Me ha traído a la memoria estos recuerdos de ayer, en parte ya desvanecidos, el libro que acaba de publicar sobre Máximo Gorki, un buen amigo de hoy: Alejandro Castiñeiras.

Los que ejercen la frívola profesión de "vivir al día" en materia literaria, tenían algo olvidado a Gorki, después de haber cantado en todos los tonos su elogio. Pero el pueblo no olvida tan fácilmente como los volubles profesionales de las letras, y quienes somos pueblo y, como tal, no indiferentes al destino de la humanidad, que se juega otra vez terriblemente,

No penséis que he venido para meter paz en la tierra; no he venido para meter paz, sino espada.

San Mateo X, 34.

para los siglos, en estos años fatídicos, hemos tenido y seguimos teniendo puestos los ojos en Gorki, convencidos de que la acción social a la cual él presta su apoyo generoso, no puede ser criminal y engañosa. Entre los que tan alto han levantado a Gorki, se cuenta Castiñeiras. El también es hombre del pueblo que se ha formado sólo, que ha encontrado tiempo y voluntad lejos de la escuela, para confortar el trabajo con el estudio; por tanto, su admiración y cariño no depende de consideraciones puramente literarias. Castiñeiras no es un temperamento crítico. Su interés se ata muy poco a la parte formal de la obra del novelista ruso, a la estructura y valor artístico de cada una de los libros que la componen. El capítulo particularmente dedicado en este volumen al "escritor", es el más breve y el más débil. Lo que Castiñeiras ve y siente en la obra del autor de "La Madre", es el contenido social y humano. Lo interesa la vida del novelista, forjada a mazazos sobre el yunque de la miseria, la tragedia del gran pueblo eslavo, enfermo, caído, esclavizado, que alienta en la obra de aquél; la filosofía revolucionaria que se desprende de cada una de sus páginas, filosofía profunda y realmente cristiana, levantada como un anatema contra nuestra civilización, tan inhumana bajo sus falaces apariencias humanitarias. Por el hilo de la música, que antes que la palabra le hizo conocer la sorprendente riqueza del alma rusa, Castiñeiras ha orientado sus aficiones literarias hacia el conocimiento de ésta, supliendo la ignorancia del idioma original con la penetración que nace de la simpatía y la esperanza. Digo de la esperanza, porque en medio de la catástrofe social de que somos testigos — o mejor, en que somos todos actores — él espera que sea Rusia la que dicte las nuevas tablas de la ley. "Ante la convulsión más formidable que recuerda la historia", escribe —, ante la gestación de un nuevo orden social que asoma por entre las grietas del pueblo ruso, debemos esperar que Oriente nos dé lo que no pudo darnos Occidente. En ese sentido las profecías de los escritores rusos adquieren valor. Dejemos pasar algunos años, y después veremos, si lo que toda una literatura ha sostenido con valor, se torna una realidad y pueda el mundo agradecer al pueblo eslavo — viejo ensueño de Dostoievski — el haberlo salvado de su decadencia y locura". ¡Es ésta utopía, ¿es aberración?, ¿es intuición de la verdad? Esta breve nota no me consiente siquiera plantear los términos del problema. Pero digo que si a la profecía le falta objetividad científica — y no la reclama para sí el joven crítico — la hinche un apasionado idealismo. Tal estado de alma, la fe en la victoria próxima o lejana que sea, de los ideales que animaron y animan la pluma combativa de Máximo Gorki, da el tono al libro entero que comento, en el cual el elemento crítico es secundario, y dominante el lírico. Hablo, entendiéndose, de lirismo, y no de la vana declamación que en nuestro país suele hacer las veces de oratoria, y también de poesía, y hasta de crítica y de ciencia.

Yo me felicito de esta curiosidad que mueve los pasos de los jóvenes escritores argentinos por extrañas tierras literarias. No debemos lamentar que nos echemos a conocer el mundo y a confrontar valores intelectuales y morales. Entiendo que honra a nuestro país el que haya enriquecido la escasa bibliografía gorkiana en lengua española con un estudio noblemente concebido y realizado con inteligencia. Sólo desearé que en la próxima edición, el autor revele la redacción de su libro y corrija en él la construcción de vez en cuando vacilante y los frecuentes solecismos que se le han escapado. Muchas páginas ha escrito antes Castiñeiras y muchas hay en el presente libro, que nos autorizan a exigirle una más rigurosa vigilancia de su pluma en todo momento.

Roberto F. GIUSTI

SUBRAYAMOS

EL MATERIALISMO CATOLICO, por Rafael Barrett

Después de reproducir en nuestro segundo número "El señorito frívolo" de Unamuno — en estos instantes en que "los niños bien hacen la farsa del orden" — estimamos oportuno transcribir el presente trabajo de Rafael Barrett que figura en su libro "Mirando vivir".



El catolicismo — el Vaticano para emplear la palabra exacta — muere por que ha dejado de ser una religión.

Su alma, que era el misticismo y la caridad, ha ido desvaneciéndose a medida que aumentaba su poder político y se consolidaba su estructura burguesa. Convertido fatalmente, por el proceso de la decrepitud universal, en una vasta industria explotadora de la más grosera superstición, el vaticianismo se fozifica a nuestros ojos y pronto será un inmenso sepulcro blanqueado.

Si hoy es imposible ser sabio — ó siquiera inteligente — y ser católico — en el sentido en que lo es por ejemplo Pío X, ese fenómeno de sandez angusta — también es imposible ser católico y ser religioso.

No es la ciencia lo que sobre todo nos separa de Roma; es nuestro instinto de la belleza y de la majestad de lo invisible; es nuestra honradez. ¿Qué persona decente admitirá el Dios que aplasta niños en Messina? Para eliminar a semejantes dioses de nuestras costumbres entran ganas de apelar a la policía antes que a la lógica.

¿Qué queda del espíritu de Jesús en el clero? ¿Qué queda del sublime manantial? Ya San Pablo, que no conoció al maestro, es un poco áspero. Los papas volvieron la espalda al comunismo desde el siglo III. Los católicos se hicieron capitalistas y militares, usureros y verdugos, y los verdaderos cristianos huyeron a la soledad. La Reforma salvó de la corrupción definitiva una parte del culto, pero dentro del vaticianismo el efecto reaccionario trajo a los "jesuitas", término con que ahora se designa en todos los países a una cierta categoría de hombres despreciables.

El catolicismo parece por fin reducido

a las solas funciones digestivas. Es un paralítico que digiere y defeca en enormes proporciones, y fuera de cuyo vientre ningún órgano trabaja. ¿Dónde encontrar el rastro, no ya del ideal, sino de la idea? El catolicismo, materialista como un banquero hidrópico, trafica y hace política; compra, vende y manda representantes de su partido a los parlamentos; la empresa marcha, los dividendos no son malos. Y no obstante, ¿cuánto más débil es en medio de su oro, que cuando Jesús no tenía donde reposar la cabeza ¡oh, católicos! ¿qué hicisteis de la cabeza de Jesús? Sois incapaces con todos vuestros millones, de levantar un templo digno de vuestro pasado, incapaces de añadir un capítulo al Libro, incapaces de producir un santo que no nos haga reír. De la más alta figura de la historia hemos venido a parar a las Marías Alacoque, fletadoras de corazones sanguinolentos, a tanto el cromo. Es triste, después de haber bebido en el purísimo manantial, bajar a la fétida charca en que abrevan los fariseos y los temibles asnos de nuestra época.

¡Tristeza de las religiones moribundas! ¿Qué diría Jesús, el que llamó al clero de su tiempo raza de víboras, qué diría, si viera el champagne de los obispos y los cheques del Papa, qué diría si viera las imágenes de palo cubiertas de joyas, qué diría si buscando en vano un destello de su prodigioso espíritu en las iglesias, que profanan su nombre, hallase, en la de San Juan de Letrán, en Roma, adorados por la tribu fetichista, su cordón umbilical y... etc.

Otro conflicto

La supuesta reforma universitaria con que en 1918 nos obsequiara el señor Salinas va dando ya sus frutos.

Producto de una apresurada modificación, quedó en la parte externa, formal del complejo problema, sin comprender su autor (sic) que lo conveniente entonces era, más bien, facilitar de modo progresivo la evolución de la enseñanza superior hacia una organización que mejor interpretase los anhelos comunes de profesores y educandos.

Quiso "hacer" todo "de golpe" y por eso, cabalmente, ha hecho demasiado...; demasiado mal, cabría asegurar.

Ello se comprueba contemplando el reciente conflicto de la Facultad de Derecho, conflicto del cual nos ocuparemos en el próximo número de CLARÍN.

Sólo faltaba esta nueva asonada para completar el gráfico de la nerviosa inquietud que corresponde a la hora presente. Ya veremos en que queda el entredicho...

Para los figurones

Del escritor francés Rivarol es la siguiente frase:

"Es una terrible ventaja no haber hecho nada propio, pero es preciso no abusar".



Si Vd. quiere contribuir al adelanto de CLARÍN, hágase suscriptor, y recomiende esta revista a sus amigos. Vd. ya habrá advertido que no es una empresa comercial quien la edita.

Agustín Alvarez

OBRAS COMPLETAS

South America, con prólogo de Ernesto Nelson.
Patología Política, con prólogo de Evar Méndez.
Educación Moral, con prólogo de Maximiliano S. Victoria.
¿Adónde vamos?, con prólogo de Nicolás Besio Moreno.
Transformación de las razas en América con prólogo de Arturo de la Mota.
Historia de las Instituciones Libres, con prólogo de Julio Barreda Lynch.
La creación del mundo moral, con prólogo de Joaquín V. González.
La Herencia Moral, con prólogo de Félix Icaze Laríos.

CADA TOMO: 1 \$ m/n.

ESTUDIO de los doctores

ALFREDO L. PALACIOS

CARLOS N. CAMINOS

VIAMONTE 1538
U. T. JUNCAL 4901

Cooperativa Editorial

"Buenos Aires"

ULTIMAS PUBLICACIONES

La belleza invisible, por Atilio M. Chiappori.
En este libro estudia el prestigioso crítico la personalidad de eminentes maestros de la pintura contemporánea.
El amor de Scharazada, por Arturo Capdevilla.
Bellísimo poema escénico, cuya prosa tiene el encanto y la fuerza de los viejos relatos orientales.
Máximo Gorki, por Alejandro Castiella.
Estudio minucioso de la vida y obra del gran escritor y del ambiente revolucionario ruso que hoy interesa al mundo entero.
En todas las librerías, a \$ 2.— m/n.

Cooperativa Artística

CORRIENTES 641-47

U. T. 2858 AV.

Materiales finos para artistas

Grabados, Aguafuertes y Modelos.

Artículos generales para

ingenieros, Arquitectos y Dibujantes

Copia de planos

Marcos de estilo.

Colegio Internacional de Olivos

(Premiado con medalla de oro en la Exposición Universal de San Francisco de California)

DIRECTOR: FRANCISCO CHELÍA

Alumnos: Pupilos, Medio Pupilos y Externos. - Enseñanza Secundaria y Primaria incorporada al Colegio Nacional. - Se preparan alumnos durante las vacaciones.

Este Colegio, considerado uno de los más perfectos internados de Sud América, está admirablemente ubicado sobre las barrancas de Olivos, en una extensión de cuatro manzanas, con vista al río. Amplios jardines, campo de Football, canchas de pelota, etc. Dormitorios, comedores y clases construidas según las más modernas y mejores disposiciones al respecto. Gabinete de física, química e historia natural.

A dos cuadras de las Estaciones de

OLIVOS (F. C. C. A.) y BORGES (F. C. B. A. y R.)

Número del teléfono: 90. Olivos

DISPONIBLE